

Pilar Moreno de Angel

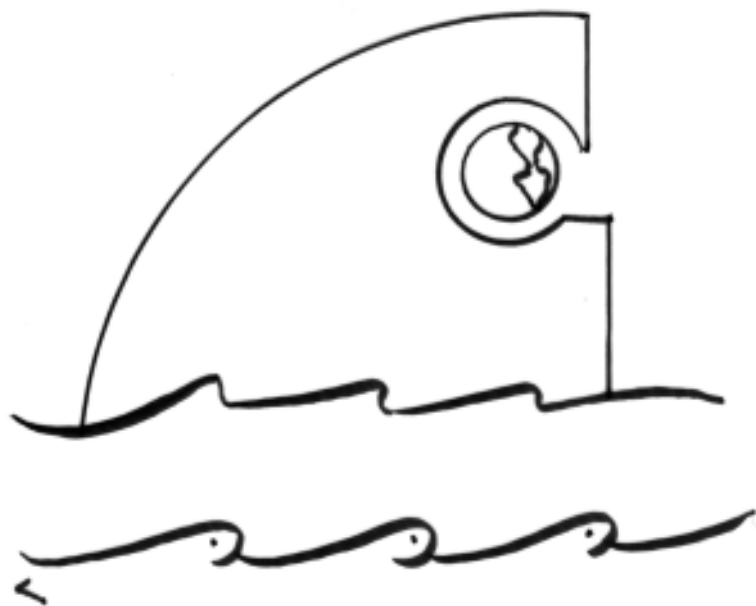
“El jugador de Batey”

Dibujos por
Michele Steuer

Santafé de Bogotá, D. C.
1999

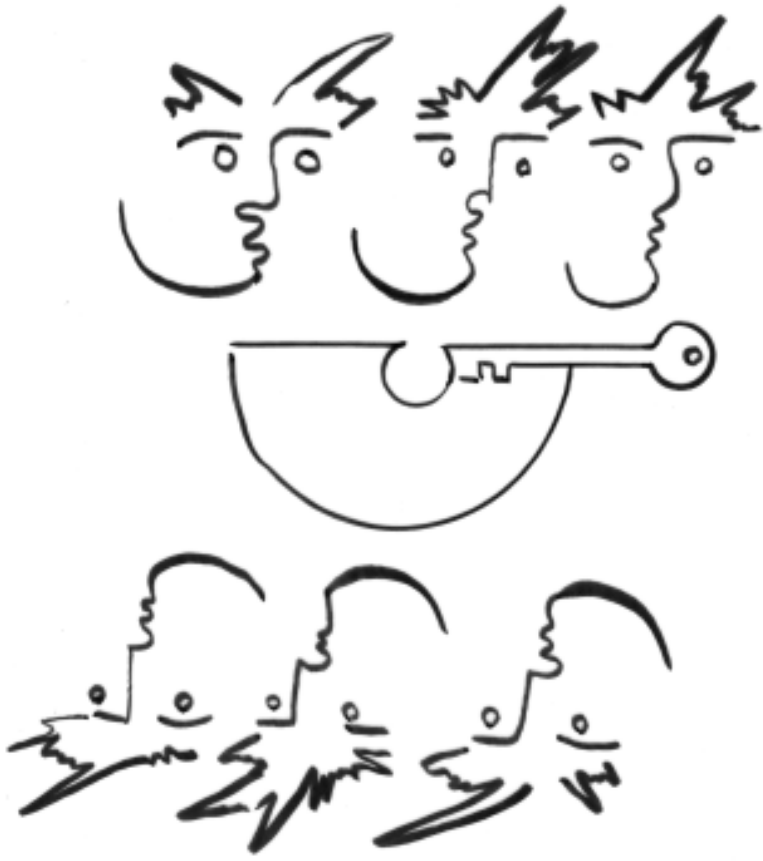
Edición:
2 ejemplares caligrafiados
numerados en cifras romanas
del I al II
Ejemplar N.º I

Esc. libris
Pilar Moreno de Angel



A decorative flourish in the top left corner, featuring stylized, swirling lines in shades of brown and gold, resembling a sunburst or floral motif.

La nao fondeó frente a la playa blanca. El paisaje de la tierra era espléndido. Por doquier palmeras altas, erguidas y despeinadas por el viento. Árboles, flores y frutos diversos. Los pajarritos cantaban muy dulcemente y bandadas de guacamayas se proyectaban en el horizonte. Los pastizales tenían un tono verde brillante, semejante a los campos de Andalucía por abril y mayo. El almirante de la Mar Océano escribió a sus príncipes "he quedado tan anonadado a la vista de tanta belleza, que no he sabido cómo describirla".



En la proa de la canoa venía el joven taino, hermano, desnudo e imberbe. Había estado jugando al batey. Su habilidad casi que perfeccionaba el juego. En sus manos portaba aún la pelota grande como una botija.

Para los seis mocebos que tripulaban la abmadía - que diría el almirante - la curiosidad pudo más que la prudencia. Llegaron a babov de la nao y al subir a bordo se convirtieron en prisioneros. El señor de los mares decidió llevar estos "indios" como muestra a sus príncipes de los embrujos de la tierra nueva.

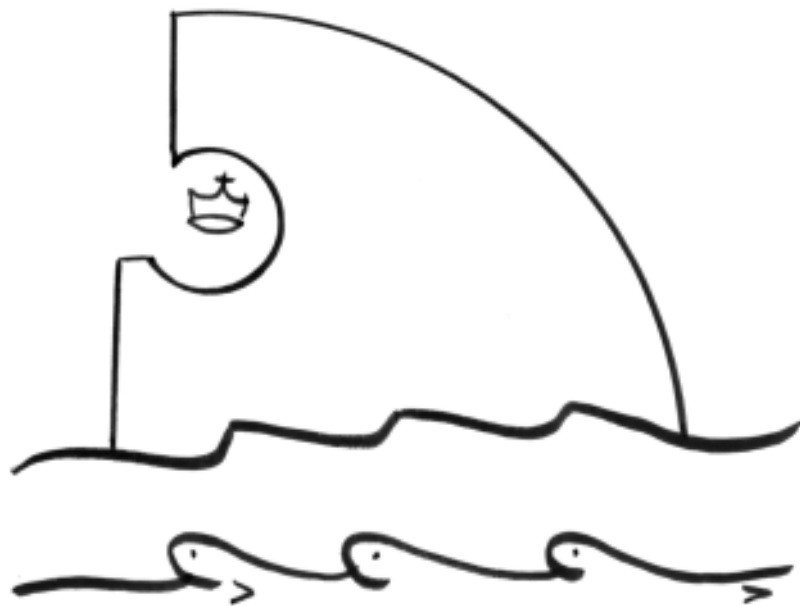
El almirante - tez blanquesima, pelo blanco, ojos azules - anebató el objeto redondo de las manos del taino. Ese misterioso artefacto al caer rebotó ligero y agil.





La bodega de la nao se convirtió, desde entonces, en la prisión del taino y de sus compañeros, quienes amargados y confundidos, pasaban las horas y los días sufriendo por los dolores extraños de vino, aceite, vinagre, quesos y cebollas.

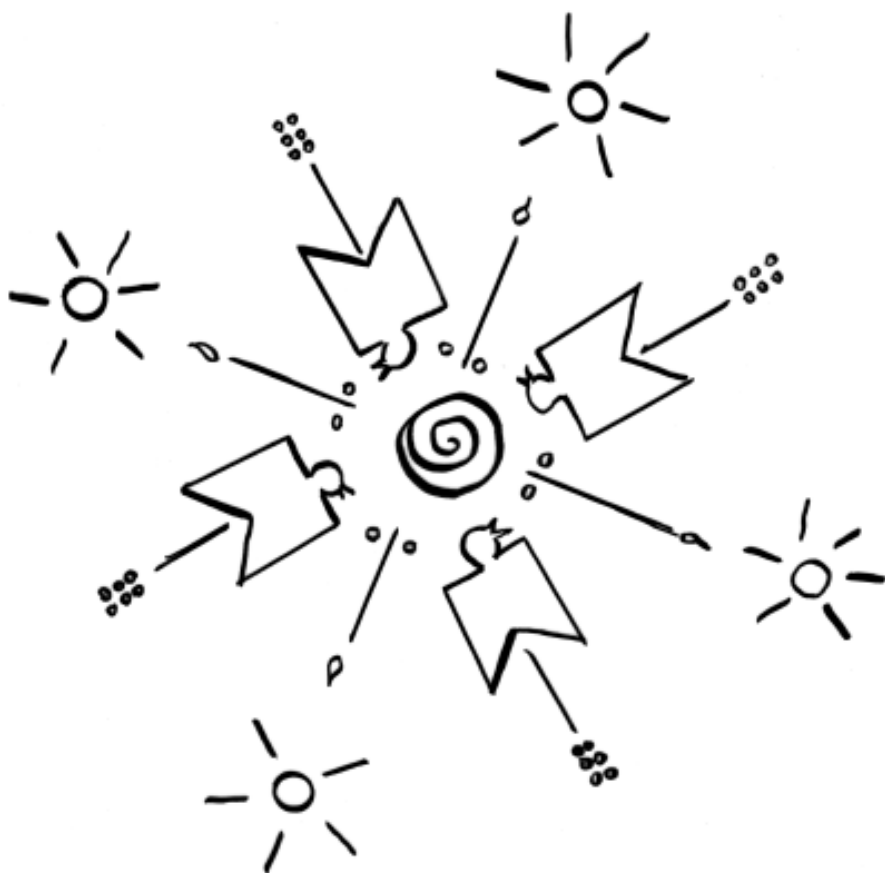
Un gato negro se movió silencioso y ágil. Cazador furtivo de ratones, jamás se habían visto momentos más cautelosos y certeros. Algunas veces el felino, sentado sobre la tapa de un barril, con sus ojos fosforescentes miraba fijamente al taino quien, entediado de frío, a su vez observaba al misterioso animal. Fue su único goce durante tan amargo viaje.



Se hincharon las velas donde ondeaban banderines de colores. Se navegaba rumbo a España en aquel cascarón de nuez en medio de chubascos y de tempestades. Finalmente atracaron en el puerto de Palos de la frontera, en el mismo muelle desde donde treinta y dos semanas atrás había partido la "aventurada flota" que buscaba llegar al Océano, navegando por el mar tenebroso de occidente.



El domingo de ramos los viajeros entraron triunfales en Sevilla. Bartolomé de las Casas, muchacho aún, contempló el primer objeto de látex. Kau-itschi según la voz indígena americana. Por primera vez este material que parecía vivo, tocaba el suelo europeo. El niño casi imberbe que con el correr del tiempo se convertiría en el "Protector de los indios" escribió más tarde: "Salta tanto que será dos veces más alto que las pelotas nuestras de viento y casi un cuarto de hora de saltar no cesa."



El más grande navegante de su época, con astuta
intuición para asombrar a quienes presenciaban los acontecimientos, encomendó el manejo de la singular felota al Taino, quien con habilidad suprema de conocedor lograba que esta multiplicara su magia y su ritmo. El almirante de la Mar Océano organizó un cortejo pomposo. El desfile desmembrado del exotismo pasó por Castilla y Aragón. El Taino encabezaba la fantástica marcha triunfal, luciendo prendas que no le pertenecían: sayo de plumas, en su cabeza un enorme cohete multicolor y siempre llevando la felota mágica que a todos sorprendía. Detrás de él iban los indios, hombres, mujeres y niños, mostrando papagayos, ajíes, maíz, conchillos de ámbar, las deidades viciadas, representadas por ídolos de madera o tela de algodón con ojos y dientes de hueso de pescado.

Y el oro, que obsesionaba a los españoles, brillaba bajo el sol de marzo."
Cosas nunca antes vistas en España
ni oídas !!!



En Barcelona, los reyes católicos recibieron al gran navegante y a su empalmeada comitiva. 41 hombres sin precedentes se acordaron para aquel que había osado sobrepasar las míticas columnas de Hércules y violar su lema "Nec plus ultra" (no más allá).



Don Juan de Castilla, príncipe de Asturias, heredero de las coronas de Castilla y Aragón - adolescente, rubio y frágil - contempló extasiado las novedades. Entre todas

ellas la pelota que manejaba con tan singular habilidad el taíno, fue lo que más atrajo la atención del primogénito. En sus juegos infantiles la pelota de viento - vejiga - llena de aire, cubierta de cuero - había sido para este niño, sometido a un rígido ceremonial cortesano, uno de sus juguetes más queridos.

El serenisimo príncipe, decidió quedarse con el joven taíno. Los indios traídos en el primer viaje del descubrimiento fueron bautizados y se les permitió regresar a su tierra en la próxima expedición.

El heredero fue el padrino del bautizo del joven taíno y le confirió el inmenso honor de otorgarle su propio nombre. Gonzalo Fernández de Oviedo, testigo de los hechos, relató que aquel se llamó don Juan de Castilla, quiso el príncipe para sí y que quedara en su real casa, y que fuese muy bien tratado e mimado como si fuera hijo de un caballero principal. E le mandó doctrinar y enseñar en las cosas de nuestra santa fe, e dió cargo del a su mayordomo Patiño.

Don Juan de Castilla, el taíno, sin quejarse nunca de su suerte esquivada, murió dos años más tarde de nostalgia, palabra que su maestro de español nunca le había enseñado.



EL JUGADOR DE BATEY

Edición facsimilar: noviembre de 2007

© Herederos de Pilar Moreno de Ángel

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Cra.49 No. 7 sur-50

www.eafit.edu.co/fondoeditorial

Email: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-8281-82-7

Ilustraciones: Michele Steuer

Editado en Medellín, Colombia